

PERIODISTAS Y MILITARES

Felipe Sahagún

¿Por qué periodistas y militares? ¿Acaso la información y la desinformación sobre amenazas, nuevas y viejas, es un ámbito limitado a periodistas y militares? Evidentemente no, aunque la relación entre unos y otros sea importante.

Si una de las características de todas las democracias consolidadas es el sometimiento del poder militar al poder civil, los militares no deberían verse en democracia como un actor independiente del poder político sino como un instrumento del mismo.

De hecho, los mandos militares estadounidenses que se opusieron o criticaron los planes del secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, en Irak, como fue el caso del jefe de Estado Mayor del Ejército, simplemente fueron apartados de sus cargos.

En consecuencia, sería perderse un poco si consideráramos a los militares poderes autónomos o independientes a la hora de analizar la información. Propongo, por ello, enfocar el comportamiento de los militares simplemente como el del brazo armado del Estado.

Desde esta perspectiva las relaciones –de cooperación, de confrontación y, en la mayor parte de los casos, mixtas- entre periodistas y militares no son el pulso determinante de la información sobre seguridad.

El conflicto histórico, al menos en las democracias, es entre el Gobierno, por un lado, y los militares y los periodistas por otro, no entre militares y periodistas. En la invasión de Irak de 2003 se ve perfectamente. Tanto los militares como los periodistas –los estadounidenses al menos- fueron utilizados, engañados y manipulados para justificar la estrategia de un **grupo neoconservador**.

Como analizaré más adelante, periodistas y militares en Irak fueron víctimas de **una de las mayores operaciones de propaganda y desinformación** del último medio siglo.

Conscientes de ello, pasado el tsunami, periódicos tan prestigiosos como el New York Times o el Washington Post pidieron perdón a sus lectores, con páginas enteras de publicidad, por haberse dejado arrastrar en la vorágine del 11-S y por no haber reaccionado a tiempo, como era su obligación, en defensa de la verdad.

No sé si importa mucho o poco. En democracia, la opinión de los ciudadanos debería importar. En las grandes crisis, sobre todo en las guerras, el problema con la opinión pública es que, por patriotismo, los periodistas normalmente se ponen al lado de sus Ejércitos. Si la victoria es completa y rápida, su confianza en los militares y en quienes los dirigen es total. Se comprobó perfectamente en la guerra por Kuwait de 1991: los generales Norman Schwarzkopf y Colin Powell se convirtieron en héroes y los dos partidos estadounidenses se los disputaban para sus filas.

En Irak, al principio, las encuestas mostraban claramente un apoyo masivo al Ejército (del 85%) y, por el seguidismo ciego que los principales medios de comunicación hicieron de la

Administración Bush, mostraban igualmente un apoyo masivo de los periodistas: del 81%.

Como suele suceder en todas las guerras o crisis, cuando las cosas empezaron a ir mal, se multiplicaron las bajas y se cerraron los horizontes de salida, esa confianza inicial empezó a reducirse.

Primera conclusión: los periodistas y los militares, por tener prioridades y misiones tan distintas, mantendrán siempre una relación difícil, pero el hecho de que se necesitan para cumplir su trabajo y de que su imagen normalmente va unida –sube cuando se gana, baja cuando se pierde-, crea entre ellos una relación especial, casi de hermanos siameses.

Reconozco que los periodistas, para realizar bien su trabajo y contar con fuentes valiosas donde más se necesitan, establecen relaciones parecidas con otras muchas instituciones.

¿Cómo ha sido históricamente la relación entre periodistas y militares? Comentaré de forma rápida la más conocida y estudiada, la de los periodistas y los militares estadounidenses.

¿Se informa o se desinforma a la opinión pública sobre las nuevas amenazas a la seguridad? A veces se informa, muchas veces se desinforma. No hay dos medios iguales. Tampoco se pueden comparar los militares de un país como España con los de EE.UU., con unos recursos informativos y una tradición que nada tienen que ver con los de España. Lo importante es preguntarse si la información que dan los militares y los periodistas sobre las amenazas nuevas y viejas

es suficiente y está ajustada a los hechos o es inadecuada y tiene poco que ver con la realidad.

Los periodistas, sobre todo en temas de seguridad, **dependen en un 80-90 por ciento de la información que filtran los altos funcionarios** de los Gobiernos, los diplomáticos, los militares, la policía, los servicios secretos, los grupos terroristas, los partidos y algunos especialistas, investigadores o académicos que, como pueden imaginar, se alimentan de las mismas fuentes o muy parecidas que los periodistas especializados.

Dividiré mi presentación, de acuerdo con estas reflexiones previas, en cuatro partes: las nuevas amenazas, las relaciones entre periodistas y militares, el caso de la invasión de Irak y, por último, el tratamiento del terrorismo por los medios.

Si una de las características de todas las democracias consolidadas es el sometimiento del poder militar al poder civil, los militares no deberían verse en democracia como un actor independiente del poder político sino como un instrumento del mismo.

Las nuevas amenazas

Si echamos un ojeada a las declaraciones e informes de los responsables de los servicios secretos, militares y civiles, todos destacaban a comienzos del siglo XXI como fuentes principales de inseguridad Irak, Afganistán, Al Qaeda, la proliferación de armas nucleares y de otras armas de destrucción masiva, genocidios como el de Darfur, el

autoritarismo creciente en países iberoamericanos como Venezuela y en ex superpotencias como Rusia, enfermedades y pandemias como el SIDA, la malaria o la gripe aviar, la competencia creciente de potencias emergentes como China y la India, los estados parias –necesitados del chantaje permanente para sobrevivir, como Corea del Norte-, los estados fallidos (presas fáciles de las nuevas redes terroristas globales), el cambio climático, acelerado por la acción del hombre, y focos tradicionales de conflictos no resueltos heredados de la Guerra Fría, como Taiwán, la frontera indo-pakistaní, Oriente Próximo y muchas guerras africanas.

A esta lista incompleta de riesgos y amenazas, en la que, con ligeros matices, coincidían los principales candidatos estadounidenses y los principales aliados de EEUU, independientemente del partido en el poder, hay que añadir las actividades ilegales internacionales más desestabilizadoras investigadas por Moisés Naím en su libro *Ilícito. Cómo el contrabando, los traficantes y la piratería están cambiando el mundo*.

Esas actividades eran y son, principalmente, el narcotráfico, la falsificación de productos, el contrabando de armas y de personas, y el blanqueo de dinero. Hoy, por delante de todas ellas, se encuentran los ciberataques.

Si tenemos en cuenta el dinero que mueven – más de 1 billón (con b) de dólares sólo el narcotráfico y la mitad o más la falsificación de productos-, se necesitan instituciones democráticas muy sólidas y servicios de seguridad muy eficaces para resistirse a su capacidad de corrupción.

Según el FMI, el lavado de dinero se multiplicó por 10 en la última década del siglo XX y no ha dejado de crecer.

Salvo en Irak, donde los conservadores más ciegos creían posible todavía la victoria y se resistían a pedir la retirada del grueso de las fuerzas extranjeras (Rodríguez Zapatero fue una excepción), los principales candidatos consideraban fracasada la estrategia seguida hasta entonces, basada en la iraquización y en el refuerzo de las tropas de ocupación, y pedían urgentemente negociaciones políticas para lograr un pacto interno que restableciera la paz entre las tres comunidades iraquíes más importantes, y otro pacto externo que garantizara la paz entre las ramas suní y chií (iraní) del islam.

«Retirarse ahora o dividir Irak (...) precipitaría un conflicto regional», afirmaba el republicano Mitt Romney en 2007.

«Demos a nuestros militares los medios y el tiempo que necesitan».

«Sólo los dirigentes iraquíes pueden llevar la paz y la estabilidad a su país», decía el demócrata Barack Obama.

«Retiremos todas las brigadas de combate de aquí al 31 de marzo de 2008».

Más allá de Irak –que, como advertía el historiador Paul Kennedy, no dejaba de aumentar el déficit presupuestario, de desgastar al Ejército y de socavar el poder blando de EEUU-, todos veían la amenaza número uno contra la seguridad estadounidense e internacional en la galaxia Al Qaeda y en la fuerza que proporcionaban a sus redes las guerras de Irak y de Afganistán.

Sobre la amenaza que representaba realmente Al Qaeda había opiniones para todos los gustos. Decía el ministro español del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, que, para España, a corto plazo le preocupaba mucho más la amenaza de ETA, pero que a medio y largo plazo era mucho más preocupante la de Al Qaeda.

La guerra de Irak

¿Se informó o se desinformó sobre la guerra de Irak y sobre Al Qaeda? Se desinformó mucho más de lo que se informó, sobre todo en los EEUU y sobre todo en los primeros años de la guerra. Prueba de ello es la reelección de Bush hijo en 2004. No obstante, como siempre ha sucedido en EEUU, había voces críticas, como el programa de la CNN *This week at war*, donde se decían verdades como puños que poco o nada tenían que ver con lo que la misma cadena contaba en el resto de la programación. Sólo había un inconveniente: el programa sólo se podía ver en España los domingos a las 4 de la madrugada.

¿Qué confianza podíamos tener en la información que recibimos a diario sobre Irak cuando, hasta el informe diario de bajas y de atentados, lo hacía una empresa privada: Aegis Defense Service Ltd., dirigida por el teniente coronel británico Tim Spicer, retirado años antes del Ejército?

Entre sus misiones estaban evaluar las amenazas, hacer el seguimiento electrónico de miles de contratistas privados en carreteras peligrosas y de proyectos supuestamente dirigidos a ganarse el apoyo de la población, eso que se ha dado en

llamar, muy a la americana, “hearts and minds” (mentes y corazones).

En sus panfletos de propaganda se podía leer que, para conseguir la renovación de los contratos, necesitaban contar con analistas de inteligencia capaces de “efectuar informes sobre el trabajo de los servicios secretos extranjeros (en Irak se supone), organizaciones terroristas y sus miembros dedicados a atacar al personal militar, a sus equipos y a sus instalaciones”.

Podemos estar hablando durante años de Irak, pero la pregunta que nos planteamos aquí -¿se informó o se desinformó?- tiene una respuesta relativamente sencilla. En los preparativos de la invasión y durante los primeros meses se desinformó muchísimo, sobre todo por parte de la Administración Bush. A medida que pasaban los años, la desinformación fue, sobre todo, consecuencia de la inseguridad y el caos sobre el terreno.

El número de periodistas asesinados desde 1996, las muertes causadas directamente por militares y las condiciones en que se produjeron explican en gran medida las dificultades crecientes para informar adecuadamente de las amenazas principales para la seguridad en aquel conflicto.

En los informes elaborados por **la Escuela de Periodismo de la Universidad de Cardiff** se pueden ver la evolución de las cifras, los lugares de origen de los periodistas fallecidos, los países donde han muerto, las causas de sus muertes, los responsables principales y, lo más grave de todo, la impunidad en que quedan la mayor partes de estos crímenes

a pesar de las denuncias permanentes de los medios y de las principales organizaciones profesionales.

Analizados todos los datos, el grupo que ha investigado la creciente inseguridad de los periodistas en la cobertura de conflictos armados y de otras noticias donde intervienen intereses de mafias, grupos terroristas, funcionarios corruptos o militares sin escrúpulos presenta consejos muy útiles para tratar de frenar esta escalada trágica, en mi opinión una de las causas principales del deterioro en los últimos años de la información internacional.

Periodistas y militares

¿Cómo ha evolucionado la relación entre militares y periodistas? A partir del ejemplo estadounidense, que es el que he seguido más de cerca, creo que podemos entender los que ha ocurrido en los demás países occidentales. Empiezo por un caso que viví de primera mano.

Una madrugada de septiembre de 1997 un reducido grupo de periodistas y fotógrafos de prensa, radio, televisión y agencias se disponía a embarcar en un avión en la base aérea de Andrews, Maryland, sin conocer su destino. El Pentágono los había convocado pocas horas antes y habían acudido a la llamada.

Al día siguiente estaban en Kazajistán, contemplando a paracaidistas de la División 82 de Fort Bragg, Carolina del Norte, lanzándose sobre una llanura desierta de las montañas Tien Shan. En las maniobras participaban también otros doce

países y el objetivo era preparar una Fuerza de Paz y Humanitaria en Asia Central.

El Pentágono aprovechó la ocasión para activar y comprobar el funcionamiento de su National Media Pool, un viejo sistema de coordinación con los medios para cubrir operaciones militares secretas.

“Esto es otro mundo”, dijo, tras observar a unos 600 de sus muchachos saltar desde MIG rusos, el jefe de la expedición estadounidense, general John Sheehan.

Se refería a la nueva relación entre los viejos enemigos de la Guerra Fría, pero su comentario servía perfectamente también para describir la nueva relación entre los militares estadounidenses y los periodistas.

El pulso mantenido durante más de tres decenios entre militares y medios se había relajado considerablemente. No tanto porque, de pronto, el Pentágono se hubiese caído del caballo, como Pablo de Tarso, y viera la luz de la libertad de información, sino como consecuencia de la revolución geoestratégica producida por el fin de la Guerra Fría y de la revolución tecnológica producida por la comunicación espacial, internet y la telefonía móvil.

Sin pretenderlo nadie, la obsesión secular de los militares por controlar mediante la censura previa todo lo que saliera de las zonas de guerra se había vuelto obsoleta.

Los corresponsales y enviados especiales que se desplazaban a los conflictos con portátiles satelitales ya no dependían de los militares para enviar sus crónicas, fotos e imágenes de televisión.

Al mismo tiempo, en los nuevos conflictos, sin frentes definidos, con actores no gubernamentales cada vez más imprescindibles y misiones cada día más complejas y confusas –donde resulta imposible distinguir las líneas de separación entre lo civil y lo militar-, los militares empezaban a comprender que no podían seguir tratando a los periodistas como adversarios. Les convenía empezar a tratarlos como socios.

En su libro *Late-Breaking Foreign Policy*, Warren P. Strobel, corresponsal del Washington Times, lo cuenta así:

“Las relaciones en las guerras clásicas entre periodistas y oficiales han cambiado por completo. Más que controlar a los periodistas en operaciones de paz, los mandos militares y sus superiores civiles los necesitan desesperadamente para asegurarse el apoyo de la opinión pública, para explicar situaciones que muchas veces son complejas y difíciles de entender, y para acceder a información útil sobre el terreno. A cambio, tienen que ofrecer acceso e independencia a los periodistas para que puedan informar sin ser controlados por sus *chaperons* militares”.

El ejemplo más claro de la influencia de los medios sobre los dirigentes civiles y militares fue, seguramente, el desembarco en Somalia de 1993. Las imágenes de mujeres y niños hambrientos persuadieron a Bush padre al final de su mandato de que debía enviar tropas para ayudar a distribuir la ayuda humanitaria. Las imágenes de un soldado estadounidense, uno de los 18 caídos en una emboscada en

Mogadiscio, arrastrado por las calles de la ciudad mientras una multitud lanzaba gritos de victoria (*Halcón derribado*), convencieron a Clinton de que debía retirar las tropas. Lo han dicho muchos y lo recuerda Strobel en su libro: en contra de lo que muchos creen, los medios sólo son decisivos (y no siempre) cuando los dirigentes y los Ejércitos vacilan y dejan un vacío político. El padre de la estrategia de contención, George Kennan, escribió a raíz de la experiencia somalí que, a partir de entonces, “la política estadounidense estaría a merced de impulsos populares emotivos, sobre todo los provocados por la televisión comercial”.

¿Ha sido así?. En casi todas las intervenciones del último siglo, antes y después de Somalia, hasta en la actual guerra de Ucrania, podemos detectar factores estratégicos, diplomáticos y militares mucho más decisivos que los medios de comunicación.

Es fácil ver cómo los militares y, sobre todo, los Gobiernos de los que dependen en las democracias y en muchas dictaduras han utilizado y siguen utilizando a los periodistas para legitimar sus operaciones, pero **los medios rara vez determinan dichas operaciones**: ni para bien ni para mal. Incluyo en esa generalización a Vietnam, a pesar de la leyenda propagada por Nixon y sus lugartenientes durante much tiempo.

Una de las razones es que, por su naturaleza, la información periodística suele ser reactiva, no preventiva.

La historia de los últimos años nos muestra multitud de ejemplos del pésimo trabajo de los periodistas para advertir, alertar y prevenir contra conflictos étnicos, hambrunas,

invasiones, crisis humanitarias y graves atentados terroristas.

Si exceptuamos la campaña del general Douglas MacArthur para silenciar a los periodistas cuando, en algunos frentes de la II Guerra Mundial, las tropas estadounidenses se batían en retirada o para que no informaran de los efectos de las bombas nucleares sobre Japón, hemos de reconocer que las relaciones entre periodistas y militares de un mismo país durante el último siglo han sido bastante buenas.

La razón principal es que la mayor parte de los periodistas, en la mayor parte de los conflictos bélicos clásicos, no han actuado como observadores independientes y neutrales sino como **el brazo de la propaganda de los ejércitos de sus países.**

La primera gran erosión se produce en **Vietnam**, cuando algunos de los corresponsales de más prestigio y sus medios se rebelaron contra la manipulación y el ocultamiento sistemático de información por los portavoces, tanto civiles como militares, y por sus mandos. Con Nixon al frente, el Pentágono salió de Vietnam convencido de que los periodistas habían sido responsables importantes de la derrota al socavar el apoyo de la opinión pública a la guerra. No conozco a ningún periodista responsable que comparta ese criterio. Como en Irak, en los Balcanes, en Vietnam, en Afganistán y en Somalia el apoyo ciudadano a las intervenciones se derrumba cuando los daños superan a los beneficios, se cierran los horizontes de victoria y se multiplican las bajas. El precio, la duración, la legalidad y los resultados de las misiones –no la información periodística

sobre las mismas-, han sido, son y seguirán siendo los factores determinantes de la popularidad o impopularidad de las intervenciones.

Lo que sucedió tras Vietnam es que los mandos militares y civiles estadounidenses se obsesionaron con la necesidad de controlar la información sobre el campo de batalla. De modo que llegó la invasión de Granada, en 1983, y los periodistas fueron bloqueados durante dos días, sin acceso posible al frente.

Ante las protestas de los medios, se formó una comisión, la Comisión Sidle y se estableció un sistema de pool, de acuerdo con los medios más importantes, para cubrir los conflictos siguientes. Cae el Muro de Berlín y, en diciembre de 1989, los EE.UU. invaden Panamá para detener a Noriega y no cumplen lo pactado.

Apenas se habían calmado los ánimos cuando empieza la guerra por Kuwait, llamada Primera Guerra del Golfo. **El aparato militar bloqueó los movimientos y la información de los periodistas al máximo en Arabia Saudí.**

Los pools sencillamente no funcionaron, las crónicas, fotos e imágenes más delicadas se perdían como por arte de magia en las transmisiones militares, los portavoces estadounidenses y británicos competían con los de Sadam por desinformar, el sistema de escoltas se convirtió en un mecanismo de interferencia insoportable, la revisión de los textos en una censura inaceptable y los valientes que decidían saltarse las normas se jugaban la vida.

Las críticas subieron de tono y, tras la victoria, periodistas y militares volvieron a negociar un *modus vivendi* que

respetara el necesario equilibrio entre la libertad de información exigida por los periodistas y la seguridad de las operaciones exigida por los militares.

El resultado fue un **acuerdo sobre nueve principios** que, supuestamente, se respetarían a partir de entonces en la cobertura de operaciones de combate.

Esos nueve principios, recogidos en la Directiva 5122.5 del subsecretario de Defensa para Asuntos Públicos, son los siguientes:

1. La forma principal de cubrir las operaciones militares será respetando la libertad e independencia de los medios.
2. Los medios no serán el formato *standard* de cobertura de las operaciones, pero en ocasiones pueden ser el único medio de proporcionar acceso rápido a una operación.
3. Incluso en condiciones de libertad informativa, los *pools* pueden utilizarse para cubrir hechos concretos, como el acceso a lugares remotos o cuando el espacio es muy limitado.
4. Los periodistas en zonas de combate donde intervengan fuerzas estadounidenses deberán estar acreditados por las fuerzas estadounidenses y respetar una serie de normas claras que garanticen la protección de las operaciones y de los militares. Los medios –se añade en este punto- deberán hacer todo lo posible por asignar a estas misiones a los periodistas más experimentados y de prepararlos para ellas.
5. Los periodistas tendrán acceso a todas las unidades militares de importancia, aunque puede haber restricciones en la cobertura de operaciones especiales.

6. Los portavoces y el personal de relaciones públicas del Pentágono harán de enlaces, pero no interferirán en el proceso informativo.
7. Los mandos, en cobertura libre de conflictos, recibirán instrucciones para autorizar el traslado de los periodistas en vehículos, barcos y aviones militares cuando sea posible. Los militares, añade, siempre serán responsables del transporte de los *pools*.
8. Según su capacidad, los militares proporcionarán a los portavoces los medios necesarios para garantizar la transmisión rápida y segura de la información de los *pools* y facilitarán, cuando se pueda, el uso de esas mismas facilidades de transmisión de los periodistas que vayan por su cuenta, los *free-lance*. Los militares no prohibirán sistemas de comunicación a los medios, pero la seguridad operativa electromagnética en situaciones de guerra puede requerir restricciones limitadas en el uso de tales sistemas.
9. Por último, todo lo anterior se aplicará también al trabajo de los *pools*.

Con la experiencia del 11-S y de Afganistán, donde los medios más importantes se convirtieron en portavoces del Pentágono, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, tras la campaña de propaganda y desinformación más intensa que se ha conocido desde Vietnam, recuperó el sistema de los llamados empotrados para controlar mejor a los periodistas que iban a cubrir la invasión.

En [la guía del Pentágono \(11 páginas\)](#) que todos los empotrados fueron obligados a firmar antes de incorporarse a

las respectivas unidades se les prohibía informar durante el conflicto:

1. Del número de soldados en las unidades por debajo del cuerpo del ejército.
2. Del número exacto de aviones en las unidades o por debajo del nivel de ala expedicionaria aérea.
3. De los números de otras armas o equipos: artillería, tanques, radares, camiones, contenedores de agua y de combustible, etcétera.
4. De los números de barcos en unidades por debajo del nivel de Grupo de Combate.
5. De los nombres de las instalaciones, lugares geográficos y unidades militares ni imágenes que los identifiquen.
6. Sobre operaciones futuras.
7. Sobre medidas de protección de instalaciones militares y campamentos.
8. Sobre las rules of engagement o normas de comportamiento.
9. Sobre cualquier información de inteligencia que permita al enemigo conocer las tácticas, técnicas o procedimientos de las operaciones.
10. Quedan prohibidas las imágenes y fotografías de instalaciones militares y campamentos.
11. Se prohíbe informar igualmente de la eficacia de la guerra electrónica del enemigo, sobre aviones y buques derribados o desaparecidos, sobre operaciones de unidades especiales, sobre cualquier movimiento de tropas que pueda poner en peligro la operación, sobre la eficacia de las

acciones de camuflaje, encubiertas y de desinformación del adversario, sobre detenidos...

12. Se prohíben también, tal como se venía haciendo desde 1991, las imágenes de las bajas propias y de sus féretros. Sin el monopolio de las imágenes, que el Pentágono había perdido ya en Afganistán con la aparición sobre el terreno, desde el bando talibán, de la cadena katarí Al Yazeera, **la batalla de la propaganda** desde que comenzó la invasión , en palabras e imágenes, se puede resumir en los siguientes puntos:

Para Washington y Londres, se trataba de una guerra legal de liberación con armas de precisión para acabar con un régimen tiránico que amenazaba a su pueblo y al mundo con armas de destrucción masiva.

Para el régimen iraquí y la mayor parte del resto del mundo, era una invasión ilegal para derrocar a un Gobierno legítimo y apoderarse del petróleo iraquí.

El suicida de unos era, como en Palestina, el héroe y mártir de los otros.

Lo que Bush, Blair y Aznar llamaban coalición se reducía a fuerzas de sólo dos países, con unidades especiales reducidas de otros dos.

Los valientes muyahidin iraquíes eran terroristas en el discurso de Washington y Londres. Los inevitables daños colaterales de unos eran matanzas indiscriminadas para otros.

Un tanque o un helicóptero destruidos por el más débil, en este caso Irak, inmediatamente se convertía en victoria decisiva.

Cada ciudad atacada por los invasores se describía como objetivo asegurado sin que nadie supiera qué diablos significaba asegurar.

Fueron dos estrategias de propaganda muy diferentes: la iraquí dependía, sobre todo, de la imagen de Sadam en televisión, de las ruedas de prensa diarias de sus ministros, sobre todo el de Información, Sahaf, verdaderas piezas escatológicas, y de la movilización a su favor de la opinión exterior contra la guerra. La estadounidense insistía en todo momento en la liberación del tirano con el menor daño posible a sus habitantes.

Los medios de comunicación de los países musulmanes, por primera vez con medios propios, enfocaron sus cámaras sobre todo hacia las víctimas. Los occidentales, que por primera vez contaban con centenares de empotrados, dieron mucha más importancia a los combates que a las víctimas. No hay mejor propaganda ni nada que una más a militares y periodistas –y a ambos con los ciudadanos- que la victoria militar, y la respuesta de la población del país invadido a los ocupantes.

Si, a pesar de todas las mentiras, los iraquíes hubieran recibido a los estadounidenses con los brazos abiertos... Si los EE.UU., tras ocupar Bagdad en tres semanas, hubieran actuado de forma muy diferente, tal como denunció nada menos que el general al mando de sus propias fuerzas en los primeros años, seguramente se habrían olvidado todos los errores, manipulaciones, desinformación y abusos, y Bush – sin dejar de ser lo que fue- me temo que tendría garantizado un lugar entre los presidentes más importantes.

No fue así. Perdió por completo el control del país, con él la batalla de la paz y de la propaganda, y entre los militares y los periodistas estadounidenses se abrió una brecha que, me temo, tardará en cerrarse tanto o más que la de Vietnam. En cuanto a **si estuvimos mejor** o peor informados de las nuevas amenazas, me temo que todos salimos perdiendo, aunque por razones diferentes.

Rumsfeld, erre que erre

En febrero de 2006, pocos meses antes de ser destituido al frente del Pentágono, Rumsfeld pronunció un discurso en el Council on Foreign Relations de Nueva York sobre la situación internacional seis años después de los atentados del 11-S.

Lejos de reconocer los errores cometidos y la desinformación en que se había basado casi toda la estrategia estadounidense, arremetió contra los medios en términos muy parecidos a los utilizados por Nixon y sus asesores en la guerra de Vietnam.

“En esta guerra, algunas de las batallas más decisivas puede que no se libren en las montañas de Afganistán o en las calles de Bagdad, sino en las redacciones: en lugares como Nueva York, Londres, Cairo y otras partes del planeta. Digo esto por algo que podría parecer obvio, pero no lo es. Nuestros enemigos se han adaptado con habilidad a las guerras actuales en la era de la información, pero, en general,

nosotros –nuestro país- no lo hemos hecho: ni el Gobierno, ni los medios ni, en términos generales, la sociedad.

Tengan en cuenta que los extremistas violentos han establecido comités de relaciones con los medios y han demostrado una gran capacidad para manipular a las elites de la opinión pública. Planifican y diseñan sus ataques para hacerse con los titulares utilizando todos los medios de comunicación para intimidar y romper la voluntad colectiva de los pueblos libres.

Saben que las comunicaciones no tienen fronteras y que una noticia, bien manejada, puede hacer tanto daño a nuestra causa y tanto bien a la suya como cualquier otro medio de ataque militar. Y lo están haciendo.

Son capaces de actuar con rapidez con relativamente poca gente y recursos modestos en comparación con las enormes –y caras- burocracias de los Gobiernos occidentales. Nuestro Gobierno federal apenas está empezando a adaptar nuestras operaciones al Siglo XXI. En su mayor parte, el Gobierno estadounidense funciona todavía como un almacén de coloniales en el mundo de E-Bay.

Tenemos que mejorar muchísimo en la contratación de expertos tanto de dentro como de fuera del Gobierno para nuestras comunicaciones.

Tenemos que desplegar con rapidez los mejores recursos de comunicaciones en los nuevos teatros de operaciones.

Tenemos que desarrollar y ejecutar campañas multimedia: en prensa, radio, televisión e internet.

Que nadie tenga la menor duda: cuando más tardemos en poner en pie un sistema estratégico de comunicaciones, más

llenarán el vacío el enemigos y los informadores, quienes, con seguridad, no pintarán un cuadro correcto de lo que está sucediendo.”

Es un texto para enmarcarlo. Cosecha Rumsfeld cien por cien. De antología. El primer manipulador de la primera potencia mundial, decidido a montar, por si ya no tuviera suficiente, un supersistema estratégico de comunicaciones en la Administración estadounidense que prescindiera por completo de los intermediarios y de los informadores para llegar directamente al público. Seguramente sin saberlo, Donald Trump, con su negación y manipulación sistemática de la verdad, llevó los planes de Rumsfeld más lejos que nadie, tanto dentro como fuera de los EEUU.

¿No les recuerda poco o mucho al Gran Hermano de Orwell?
¿Cuánto nos queda para entrar en este mundo? ¿No ha sido la invasión de Irak un aperitivo de la retirada vergonzosa de Afganistán y del mundo de Trump, que sigue sin aceptar los resultados de las presidenciales de 2020 y a la cabeza de las encuestas para hacerse de nuevo con la candidatura republicana en 2024?

¿Se puede entender la decisión de Vladimir Putin de invadir Ucrania en 2022 sin la debilidad demostrada por Occidente en los conflictos del siglo XXI, la ocupación de Crimea y Dombás en 2014 y el fenómeno Trump de 2016 hasta hoy?

FIN